

ROLLITO DE INVIERNO

No me he podido concentrar en el Sudoku, lo he tachado y he echado un vistazo al horóscopo, pero aún ha sido peor. "Géminis. Fantasmas del pasado irrumpen en tu vida. Tensión. Te conviene algún curso de yoga o de relajación." ¡Lo que me faltaba! Bastante nerviosa estaba ya, abriendo y cerrando sin parar la caja de cerillas que Alberto me regaló ayer, entreviendo su número de móvil escrito con tinta verde. Pensaba que él seguía aún en Barcelona, ya casi ni lo recordaba, sobre todo desde que empecé con los preparativos de la boda. No sé cómo me dejé convencer, yo siempre me había opuesto a todos los ceremoniales, pero al final claudiqué, entre Jon y mi madre me habían convencido.

La casualidad, el azar, tal vez el destino, me llevaron ayer a entrar en una librería, a esperar que el fuerte chaparrón amainara. Paró de llover y ni me di cuenta, ensimismada con un libro de arte del *Quattrocento*. ¿Te gusta Botticelli?, me sorprendió una voz a mis espaldas. Su sonrisa me hizo retroceder en el tiempo, unos diez años, a una fiesta universitaria. Había acudido por compromiso con una amiga que vendía entradas para su viaje de

estudios. Aburrida, me fijé en él, no paraba de sonreír, sobre todo con los ojos, risueños, expresivos, con un brillo ingenuo y malicioso a un tiempo. Le pedí fuego y me sorprendió que usara cerillas, fue fácil iniciar la conversación.

- Pero, ¿todavía se usan las cerillas?
- Sí, tengo un proveedor en exclusiva para mí. Dentro de poco serán un objeto de culto, una pieza codiciada por los coleccionistas.
- Vaya, igual no es mala idea empezar a coleccionarlas.
- Estoy seguro de que en breve mis *collages* de cajas de cerillas harán que las cajitas se revaloricen.

Fue el comienzo de una animada conversación sobre arte, artistas, y cine alternativo que fue derivando, a medida que avanzaba la noche, hacia temas más personales. De madrugada me despidió con un beso y me regaló la caja de cerillas, me pidió que la abriera al llegar a casa, encendiera una cerilla y pidiera un deseo. El deseo casi se materializó de inmediato al descubrir entre los fósforos su número de teléfono.

No pusimos nombre a nuestra relación, simplemente empezamos a salir juntos, a conocernos, a reírnos casi al unísono, a explorarnos. Había salido con varios chicos, pero sin compromisos. Me gustaba la libertad y romper los

moldes establecidos, no creía en las relaciones convencionales que veía como trasnochadas, como algo superado. Por eso, cuando empecé a pensar que me gustaría casarme con él me asusté. Ambos teníamos el mismo punto de vista sobre las relaciones, y yo no entendía qué había hecho cambiar mi perspectiva. Entonces me di cuenta. Era la primera vez que estaba enamorada. Comprendí los tópicos: se piensa todo el rato en la persona amada, la ves con una aureola especial, piensas que el resto del mundo está a punto de arrebatártelo, si aún no lo han hecho es porque no le conocen lo suficiente, te da igual que llueva, truene o granice, te basta con estar a su lado. Me asusté aún más, los tópicos casi me parecía que se quedaban cortos frente a lo que yo experimentaba, algo que escapaba a mi control y que tal vez nunca nadie había sentido hasta ahora. Me sentía única, me parecía que el Universo giraba a mi alrededor y que las estrellas salían cada noche sólo para mí. Poco después él me dijo que se iba a Barcelona con una beca para jóvenes artistas. “Como no hay nada entre nosotros tampoco hay que terminar con nada.” Esas fueron sus palabras cuando observó mi mirada triste, desenfocada hacia un punto indefinido más allá del parabrisas de su coche. Después, algunas llamadas, muchas lágrimas, un gran vacío, una niebla espesa, densa, que sólo dejaba filtrarse algún rayo

de luz aislado, hasta que imperceptiblemente, un año más tarde se fue desvaneciendo, dejando hilachas pegadas en mi piel, residuos pegajosos que aún hoy, diez años más tarde, se desprenden de tanto en tanto.

Conocí a más chicos, salía con ellos sin ataduras, como a mí me gustaba, sin dependencias ni quebraderos de cabeza. A veces me acordaba de Alberto, entonces recordaba lo que había sufrido y llegaba a la conclusión de que no merecía la pena. Era como esos fantasmas que aparecen en la oscuridad pero que se desvanecen al encender la luz.

Hace un año conocí a Jon. Casi sin darme cuenta, accedí a conocer a su familia, empecé a entrar en ese engranaje de telas de araña de familiares, de amigos, de compañeros de trabajo. Tal vez con 32 años ya estoy cansada y me dejo llevar, no lo sé, pero cuando me pidió que me casara con él mis labios dijeron que lo iba a pensar. Insistió, logró la ayuda de mi madre, y finalmente acepté.

Ayer algo se movió en mi interior, jirones de niebla se adhieren de nuevo a mi piel. Fue ver su sonrisa y retroceder en el tiempo, parecía un sueño pero cuando me desperté la caja de cerillas seguía allí, interrogándome, esperando una decisión.

Esta tarde he asistido a la inauguración de la tienda de muebles de Oliverio. Jon no ha venido, ha puesto una excusa, en realidad no soporta a Oliverio, es mi mejor amigo y nuestra complicidad le pone nervioso, se siente desplazado, como si mi verdadera pareja fuera él. Jon ignora que Oliverio es gay, y yo tampoco se lo voy a aclarar. El catering muy vanguardista: gambas agridulces, sushi, rollitos de primavera, rollitos de invierno y brochetas de fruta. He hablado con Oliverio aunque él, tan intuitivo siempre, casi había adivinado lo que me ocurría.

-Prueba los nuevos rollitos de invierno- me ha dicho.- Son deliciosos. Más pequeños y huidizos que los de primavera pero mucho más sabrosos.

No sé si pretendía ser un consejo, pero me he dado cuenta de que la vida es muy corta, de que los innovadores rollitos de invierno eran mucho más sabrosos que los tradicionales de primavera y de que un teléfono me aguarda en una caja de cerillas.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ BENÍTEZ. 30-11-06